ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

# El Ortega de Alfonso Reyes: los nombres del héroe

*Introducción de* **José Lasaga Medina**
ORCID: 0000-0001-8825-9874

*Navicare necesse est, vivere non est necesse!*
Pompeyo

Nacido en Monterrey (México) en 1889 Alfonso Reyes vivió en España entre 1914 y 1924. Llegó en una situación muy apurada después de haber perdido el puesto diplomático que tenía en la legación mexicana de París. Según cuenta Antonio Lago Carballo en el reciente artículo publicado por *Revista de Occidente* "Ortega y Alfonso Reyes"[1], pronto entró en contacto con el círculo de la editorial *La Lectura* próximo a Juan Ramón Jiménez y frecuentó el Ateneo, haciendo amistad con Díez Canedo o Pedro Salinas, y ganándose pronto el respeto de los grandes de las dos generaciones que ya operaban en los cenáculos de la cultura española. Escribió sobre Azorín, Valle-Inclán, Baroja, también sobre Galdós, Rubén Darío, Pérez de Ayala o Ramón Gómez de la Serna. Era cuestión de tiempo que Ortega y Reyes se conocieran. El primero ofreció al segundo ocasión de colaborar en las varias aventuras periodísticas que emprendía y así Reyes escribió en la revista *España*, en *El Imparcial* crítica de cine bajo el pseudónimo de *Fósforo,* luego en *El Sol*, en donde Ortega le encarga uno de los folletones especializados que salían cada semana. Concretamente Reyes se ocupó del dedicado a historia y geografía, que, por salir los jueves, dio nombre a la primera serie de *Simpatías y diferencias*, "Páginas del jueves". Más tarde recordaría: "No vacilé en aceptar porque

[1] "Ortega y Alfonso Reyes. (Una relación intelectual con América al fondo)", *Revista de Occidente*, 264 (2003), pp. 5-16.

**Cómo citar este artículo:**
Lasaga Medina, J. (2003). El Ortega de Alfonso Reyes: los nombres del héroe. *Revista de Estudios Orteguianos*, (7), 249-261.
https://doi.org/10.63487/reo.716

Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

me dije, cuanto acontece en el tiempo es historia, y en el espacio, geografía. Aún no acabo de recoger en libros lo que publiqué entonces"[2]. También colaboró en *Revista de Occidente*.

Reyes leyó mucho a Ortega y, según confesión propia, con admiración y provecho. Los índices onomásticos de los veintiséis volúmenes de sus *Obras completas* lo atestiguan. Sin duda que la época en que se trataron y colaboraron en periódicos y revistas es la que mejor conoció Reyes y a ésta pertenecen los tres artículos que presentamos. Se volvieron a ver en Buenos Aires, cuando Ortega viajó por segunda vez. Reyes era entonces el embajador de México. No hubo un tercer encuentro porque cuando Ortega retorna a la Argentina con idea de establecerse, Reyes ya había regresado a México y Ortega no se decidió a viajar a aquel país, que tan generoso fue con los exiliados republicanos, por influencia, precisamente de don Alfonso[3].

En la cuarta serie de *Simpatías y diferencias*, titulada "Los dos caminos", Reyes recoge unos "Apuntes sobre José Ortega y Gasset". Se trata de tres textos de pareja extensión, titulados respectivamente: "Crisis primera: La salvación del héroe" (1916); "Crisis segunda: nostalgias de Ulises" (1917) y "Crisis tercera: Melancolías de Fausto" (1922). El primero cuenta la trayectoria editorial reciente de Ortega aludiendo a los tres escritos más importantes que a esa fecha había publicado: *Meditaciones del Quijote* y *Vieja y nueva política* en 1914 y el primer tomo de *El Espectador* (1916). El segundo es motivado por la aparición del segundo *Espectador* (1917) pero sobre todo es un comentario, lleno de juicio y generosidad, sobre el viaje que acababa de hacer Ortega a la Argentina y que el filósofo glosaba en la entradilla a la citada entrega[4]. La glosa rezumaba entusiasmo, quizá deslumbrado por lo que había vivido en aquel pueblo joven que apenas se estrenaba en la historia. Verá el lector que Reyes le advierte de que hay otra América más vieja y doliente y que las sirenas cuyo canto ha oído en su visita a la Argentina, bien pudieran ser "verdaderas" y entonces su canto engañoso. El tercero no parece provocado por ninguna publicación pero Reyes detecta el cambio de tono que se produce en la obra de Ortega a prin-

[2] Prólogo al volumen V de sus *Obras completas*. México: Letras mexicanas-F.C.E., 1956.

[3] En el citado artículo de Antonio Lago, éste recuerda que Alfonso Reyes ofreció su casa a Ortega cuando supo de las dificultades que pasaba el filósofo y su familia a raíz del estallido de la Guerra Civil. Ortega le contestó: "Agradecí muy vivamente su cariñosa carta, que me trae su vieja amistad. Siempre en lo recóndito contaba con ella" (ob. cit., p. 15).

[4] En las "Palabras a los suscriptores" leemos: "*El Espectador* es y tal vez será mejor entendido –mejor sentido– en la Argentina que en España. Podrá herir nuestra nacional presunción; pero es el caso que este pueblo, hijo de España, parece hoy más perspicaz, más curioso, más capaz de emoción que el metropolitano" (II, 130). Uno de los motivos de admiración de Reyes hacia Ortega fue, precisamente, que el filósofo se tomó en serio su "descubrimiento" de América. El escritor mexicano citó mucho las siguientes palabras de Ortega: "América representa el mayor deber y el mayor honor de España".

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

cipios de los años veinte: el descubrimiento de la vida. El certero olfato del mejicano le lleva a ver en el gesto alegre del madrileño la expresión de "cierta trágica inquietud" de un Fausto joven pero ya melancólico.

Cada uno de los tres artículos contiene una lección de compresión e inteligencia lectora. La obra de Ortega estaba por hacer. Los libros sobre los que escribe Reyes en su primer ensayo apenas si alcanzan las trescientas páginas en formato pequeño (242 páginas en la edición de *O.C.*). Sin embargo acierta a ver las líneas de su pensamiento y biografía –vida y filosofía, inseparables–. Comprender a Ortega como un hombre dividido entre dos vocaciones, la de escritor y la de político, la de hombre de las Musas y la del profesor comprometido con la acción reformadora de su país y "leer" el salto de las páginas patrióticas de *Vieja y nueva política*, la conferencia que diera Ortega en el teatro de la Comedia para lanzar el proyecto de la "Liga de Educación Política Española", a las "escépticas" del comienzo de "Verdad y perspectiva"[5], estado inicial de una trayectoria que se repetirá necesariamente, como un destino, dice mucho de la perspicacia lectora y humana de Alfonso Reyes. Ve también lo que se le resistirá a Ortega en el mundo de la política: la imposibilidad de elevarla al plano de los ideales, sobre todo, de los morales. Reyes saluda la primera entrega de *El Espectador* como una liberación del héroe, como una "salvación" (en el sentido acuñado por Ortega)[6]: "vuelve al encierro con las Musas". Termina esta primera "crisis" con la formulación de un deseo: que no se cumpla en él "la triste fábula española" del pensador que termina arruinado intelectualmente, haciendo mera política. Sabemos que también en esto acertó Reyes, pero no está de más recordar que la política regaló a Ortega las horas más amargas.

A pesar de que le concedemos a Reyes el acierto en lo esencial, no podemos hacerlo sin discutir ciertos matices, sobre todo en lo que considero el núcleo de su visión general: la del hombre escindido por dos vocaciones en lucha. Lo que combate en Ortega no es el profesor de filosofía, metido en política, con el hombre de letras. La brillantez del estilo, la escritura apresurada del periódico, la capacidad para y la intención de seducir con las palabras, en fin, la elección del ensayo como forma en vez de la del tratado o la del "libro de texto"

---

[5] En *El Espectador* I, (II, 15-21). Es sin duda la primera "resaca" que sufre Ortega frente a la acción política y el comienzo de las varias mudanzas que viviría desde la filosofía a la política y viceversa. Como comentaremos luego, la lucha entre vocaciones no se da exactamente entre las que señala Reyes al comienzo de "Primera crisis". La última cita de este artículo, que comienza: "Yo he buscado en torno..." la toma de "Verdad y perspectiva" (II, 16).

[6] Al comienzo de *Meditaciones del Quijote*, en "Lector...", Ortega define las "salvaciones" que se proponía escribir de la siguiente manera: "Dado un hecho –un hombre, un libro, un cuadro, un paisaje, un error, un dolor–, llevarlo por el camino más corto a la plenitud de su significado" (I, 311). Reyes sugiere, no sin elegancia, que la plenitud vital de Ortega está en las tareas del espectador.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

producen la impresión –y más en la época en que escribe Reyes– de que estamos ante lo que entonces se llamaba "un escritor de raza". Y, sin duda, Ortega lo era. Pero ello no autoriza a perder de vista las muy profundas razones que le llevaron a la ocupación de filósofo. Lo fue Ortega saturadamente y sin resquicios. No se trata ahora de establecer si fue original o epigonal en filosofía, sino si hay algo, biográficamente hablando, que permita fijar mejor la trayectoria de Ortega, desde las citadas *Meditaciones* hasta *La idea del principio en Leibniz*, algo más consistente, más permanente, más insobornable que su dedicación a pensar lo que es y revelar su verdad[7]. Ortega creyó que sólo la filosofía podía salvar a España. Esa idea era a la vez política en un sentido peculiar y filosófica, de una filosofía que aún estaba por formular y que se llamaría "razón histórica". Reyes se equivoca al interpretar que el párrafo de la "Meditación preliminar" (I, 352), en que se mezcla el patriotismo con la teoría del concepto, es una explicación foránea a la línea del argumento, para justificar la unidad sobrevenida al libro. *Meditaciones* no sería sino una colección de artículos unificados por un propósito político. En la sospecha de que el libro era colección, acierta. Pero no en que la intención política dirigía. Hoy sabemos que es este libro una respuesta al Unamuno que había publicado *Del sentimiento trágico de la vida*. No es España sino la suerte que aguarda a la Razón moderna, cuya crisis finisecular es bien conocida por Ortega, lo que está en juego.

En la lucha de vocaciones, el filósofo queda del lado del escritor inspirado, amigo de las Musas, y ambos se enfrentan al político que aparta las mejores horas para la cosa pública, al menos durante alguna temporada de su vida. Reyes estaba muy cerca de Ortega por aquellos años y sabía que las páginas irritadas de *El Espectador* obedecían al hastío que había impulsado a Ortega a desentenderse de la Liga, así como de la revista *España*, que fundó y dirigió hasta febrero de 1916, cuando estaba a punto de salir el primer número del *Espectador*. Pero los ensayos de este libro no son muy distintos de los de *Meditaciones*. En todo caso y si se advierte una mayor libertad en su escritura es porque Ortega se afianzaba en una filosofía muy nueva para entonces, la fenomenología, que le permitía apartarse de concepciones más rígidas, menos mundanas como el neokantismo. La figura del espectador representa la suelta de amarras de un filósofo que sabiendo en ruinas el puerto seguro del idealismo decide salir a alta mar para intentar orientarse hacia otras tierras. Eso lo capta muy bien Reyes: el tema de investigación es el sí mismo, la vida propia, el yo abierto a la totalidad del mundo.

[7] Recomiendo a quien tenga legítimas dudas que lea el "Prólogo a una edición de sus obras" (VI, 342 y ss.).

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

En la segunda "crisis", "Nostalgias de Ulises", contrapone Reyes las penas españolas que encuentra volcadas en el *Espectador* de 1917[8] con las alegrías y esperanzas despertadas por el viaje a América. Como ya hemos comentado, advierte a Ortega: "temería que su entusiasmo por América estuviese también llamado a desvanecerse...". El héroe se llama Ulises porque Ortega hace el descubrimiento de que no hay Itaca a la que volver. Supondrá más adelante que la condición del hombre es estar *in via* y gustará de citar aquellas palabras de Cervantes: "Es más sabroso el camino que la posada".

La tercera entrega, la más breve, comienza con un preciso perfil biográfico: la trayectoria vital de Ortega en unas pocas líneas. Sigue una reflexión motivada, aunque en este caso no hay referencia a obra alguna, por la aparición del tercer *Espectador* (1921). Se alude a un tono más cercano a la vida, después de que el anterior estaba "preñado de amargura" aunque prevé "un estallido de alegría superior". Textos como "El Quijote en la escuela" (1919) o "Introducción a un don Juan" (1921) lo confirman. Ve aquí "una comprensión más vasta y plena de la vida, donde caben ya hasta la frivolidad y los juegos". Repara en que don Juan no es un tema menor para Ortega y entrevé que éste le regala al seductor ciertos rasgos de Fausto. La sed de conocimientos del alemán es sed de goces y aventuras en el español, pero inspirados por un corazón éticamente puro: don Juan busca un ideal.

Reyes va poniendo nombres al perfil de héroe, esto es, de "esforzado" que ve sobrepuesto sobre el rostro material del filósofo. De Ulises a Fausto: del viajero prudente al sabio inquieto, Ortega el héroe, recorrió en tres crisis, tres estadios vitales, la primera mitad de su vida. Es una pena que Reyes no nos contara la otra mitad, que no siguiera poniendo nombres a las metamorfosis del héroe.

[8] No termino de ver dónde encuentra Reyes las quejas de este libro. Es posible que en el tono crispado de "Democracia morbosa" esté la clave. Cuando escribe: "Si debo apreciar de algún modo las protestas con que, en voz baja, algunos reciben su nuevo libro, Ortega y Gasset ha rebasado un tanto los límites de la piedad"; es difícil asegurar de quien es la voz, pero probable que sea la de Azorín porque es el único autor cercano a ambos sobre el que se escribe ampliamente en el *Espectador* II. A él está dedicado "Primores de lo vulgar" (II, 158 y ss.).

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

# ALFONSO REYES

## *Apuntes sobre José Ortega y Gasset*

### Crisis primera: La salvación del héroe

José Ortega y Gasset se destaca entre la juventud española con un ademán de paladín. Aplicando a la crítica literaria el tono patético de la historia, pudiéramos decir que es el héroe.

En él, como en muchos, hay una bifurcación interior, más o menos inconfesa o reconocida, y comparte su actividad entre dos vocaciones: la oficial y la personal, para decirlo de algún modo. ¿La oficial? Él es catedrático de Filosofía en la Universidad Central, y dirige una sección de investigaciones en el Centro de Estudios Históricos. ¿La personal? La personal es la literatura. ¿Tengo que añadir que, sin pretender restar nada a su palmaria capacidad de filósofo, estoy, contra la afición oficial, por la personal? Os diré por qué: si como literato Ortega y Gasset ve las cosas humanas bajo especies cálidas y concretas, y las expresa con un ánimo de belleza, como filósofo quisiera ceñir su conducta intelectual dentro de una sola tendencia, coordinarla con su conducta práctica y construir, a través de la palabra, algo como un nuevo ideal de España, cuya última manifestación tendría que ser la obra de reforma política.

Así, en *Vieja y nueva política* (1914), convoca a los jóvenes a ensayarse para los compromisos de la vida pública, con intenciones de pureza espartana. Se funda la Liga de Educación Política Española, y el entusiasmo cunde.

–Obraremos a la primera oportunidad –se dicen todos.

–A la primera ocasión –define el héroe– nos echamos a la calle, aunque sea en mangas de camisa.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Pero, en aquellos que meditan mucho la acción, el gusto platónico de meditar suele imponerse a todo. Las ocasiones desfilaron, en larga teoría, por la calle, y los jóvenes (¿por desgracia?, ¿por fortuna?) siguieron estudiando con los libros abiertos.

El mismo año de 1914, Ortega y Gasset publica sus *Meditaciones del Quijote*, donde se propone un fin esencialmente político:

> Habiendo negado una España –dice–, nos encontramos en el paso honroso de hallar otra. Esta empresa de honor no nos deja vivir. Por eso, si se penetrara hasta las más íntimas y personales meditaciones nuestras, se nos sorprendería haciendo, con los más humildes rayicos de nuestra alma, experimentos de nueva España.

Sin embargo, este propósito parece como sobrepuesto al libro artificialmente, como adaptado desde afuera para organizar una serie de ensayos sueltos, para convertir en tesis un montón de artículos varios. De donde resulta, por ejemplo, que, a fin de aprovechar una página sobre los "conceptos", el autor se ve obligado a justificarse así:

> Conviene a todo el que ame honrada, profundamente la futura España, suma claridad en este asunto de la misión que atañe al concepto. A primera vista –confiesa–, es cierto, parece tal cuestión demasiado académica para hacer de ella un menester nacional.

En 1915 se funda una revista semanaria, *España*, de que él aparece como director. Al pronto, dijérase que va a ser el órgano de su actividad política. "Es preciso reorganizar la esperanza española", nos dice el artículo de salutación. Pero, poco a poco, el director se va alejando de su revista; hasta que, sin romper con ella, la deja sola: la preocupación literaria, el deseo de escribir en casa sobre los asuntos que le plazca, triunfan en él sobre la preocupación política. Es un jefe de partido algo indiferente; es un excelente literato. La filosofía –ayudada por cierta pendiente del temperamento– lo lleva a las inquietudes de la política; la literatura, más desinteresada si cabe, lo emancipa de todo lo que no sea Dios.

Finalmente aparece *El Espectador*, donde la vocación personal juega una mala pasada a la política: revista "espectacular", como lo indica su nombre, de libres desahogos mentales, de ensayos sobre todas las cosas de este mundo y del otro, sin propósitos prácticos artificiales, sin sistema político alguno.

Desde cierto punto de vista, este libro parece vuelto de espaldas con relación a ciertos propósitos anteriores. Como el joven Descartes después de sus viajes, Ortega y Gasset, al regreso de sus primeras excursiones por la vida pública,

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

vuelve a sus afanes estudiosos y a la investigación de sí mismo. El libro comienza justificando esta necesidad de emanciparse de la política, de la supeditación de lo teórico a lo útil. Más aún: con descubierta arrogancia, arroja el autor la primera piedra:

> Yo he buscado en torno –escribe–, con mirada suplicante de náufrago, los hombres a quienes importase la verdad, la verdad pura, lo que las cosas son en sí mismas, y apenas he hallado alguno... ¡Y he hallado tan pocos, tan pocos, que me ahogo!... No he hallado en derredor mío sino políticos, gentes a quienes no interesa ver el mundo como él es, dispuestas sólo a usar de las cosas como les conviene. Política se hace en las academias y en las escuelas, en el libro de versos y en el libro de historia, en el gesto rígido del hombre moral y en el gesto frívolo del libertino, en el salón de las damas y en la celda del monje. Muy especialmente se hace política en los laboratorios: el químico y el histólogo llevan a sus experimentos un secreto interés electoral...

¿Contradicción? No tal, sino perfeccionamiento, emancipación, salvación, en suma. El hombre puro había hecho de la política un ideal puro, y, al palpar la imposibilidad de dignificarla, se aparta, momentáneamente, del tráfago público; vuelve a su encierro con las Musas, y sube otra vez, desde el comercio con los hombres, al comercio con los libros: con lo mejor que hacen los hombres.

¿Quién duda que, a lo largo de la vida, Ortega y Gasset tendrá que descender muchas otras veces a la política, ante las imperiosas solicitaciones del problema español? En todo caso, este momentáneo despego nos hace comprender que no ha roto la escala, que no ha olvidado el camino, que siempre sabrá apartarse a tiempo –"dejarse", como decía Gracián–, que nunca perderá de vista las categorías de su conducta, que no se repetirá en él la triste fábula española del pensador para quien los estímulos intelectuales no fueron sino un primer impulso abstracto hacia otras contiendas de orden menos espiritual. ¡Cuántos en España –oh Cánovas, oh Castelar– cambiaron la primacía intelectual por las confusiones de la furia política!

*1916*

## Crisis segunda: Nostalgias de Ulises

El segundo tomo de *El Espectador* es otro alto en este proceso –proceso patético de una mente que se depura con sus propias virtudes. El viaje a América determina, en Ortega y Gasset, una honda y fecunda crisis.

Hasta aquí yo me figuraba –pronosticando con la intención– que el combate entre el escritor y el político había de ocurrir según la línea de mayor felicidad,

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

y ahora no puedo disimularme que va tomando por una senda un tanto espinosa. En su reacción contra los males o peligros ambientes, Ortega y Gasset se ha ido amargando, se ha ido despechando de España. Si debo apreciar de algún modo las protestas con que, en voz baja, algunos reciben su nuevo libro, Ortega y Gasset ha rebasado un tanto los límites de la piedad. Ignoro si también los de la justicia: yo apenas comienzo a conocer a España; y no puedo ser juez. Aparte de que, desde 1898, oigo a los nuevos escritores protestar con ira contra los males de España.

Ello es que el viaje de América ha dado rumbo nuevo a esta investigación de sí mismo que embarga la atención de Ortega. Porque este escritor se busca a sí mismo, sin cesar, con una inquietud de adolescente. Hay en él un yo no sé qué de niño heroico, que pone una vida sin malicia al servicio de una idea terrible.

El viaje a América no fue para él un viaje de recreo. Creyó descubrir en aquellas sociedades, que comienzan, con efervescencia, una nueva historia, el antídoto contra las dolencias de las sociedades caducas; creyó descubrir nuevas alegrías posibles, una existencia más amplia y digna, una mejor acogida para la obra del pensador; una posible rectificación total de las viejas equivocaciones; la probabilidad de recomenzar una vida más conforme con nuestra idea. En suma: podemos decir, con una sonrisa, que José Ortega y Gasset descubrió a América. La descubrió, en efecto, para sí mismo. América ha logrado así una envidiable conquista, y ha sellado un pacto de alianza con una de las voluntades más limpias y claras de que se honra la España joven. Agradecemos esa frase de cordial humorismo con que acaba el prólogo:

–En las páginas de *El Espectador* no se pone el sol.

Así sea: no se ponga el sol, ni veamos oscurecerse toda la alegría de tamaña inteligencia, a fuerza de protestar contra los males ambientes. Porque, cuanto es el deleite con que el escritor recuerda su viaje, tanta es la desesperación –ésta es la palabra justa– con que convierte los ojos a su vieja España. A veces pierde la paciencia, y se diría que escribe con dolor. Y no era eso lo que queríamos para él sus amigos. Que se salve en buena hora el poeta, pero nunca a costa de su paz interior.

Es la vieja historia de Ulises: mal podemos ser dichosos de vuelta a Ítaca –así nos espere la fiel Penélope de la patria– si hemos escuchado en otros mares el canto arrebatador de las sirenas. Y el símil tiene muy larga explicación; porque yo me temo –y no lo quisiera– que las sirenas que han seducido a nuestro Ulises sean, por mucho, verdaderas sirenas y, por lo tanto, engañadoras. Es decir: yo temería que su entusiasmo por América estuviese también llamado a desvanecerse, como se ha desvanecido aquel hermoso sueño de reconstrucción de la patria, que inspiraba en otro tiempo las páginas de las *Meditaciones*.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Desde luego, su viaje a América se reduce, prácticamente, a la Argentina; y así, su visión de América es más bien gozosa, pero es más bien limitada. La Argentina es la morada de las Gracias americanas. De las Gracias, como las definen los modernos mitólogos: el espíritu de los deseos realizados. La Argentina es la tierra de la felicidad gratuita: una gracia son todas sus virtudes y sus riquezas, y allí la felicidad se reparte gratis. Todo viajero que desembarca en Buenos Aires se siente envuelto en un fuego de hospitalidad y agradecimiento. Lo primero que quisiera decir es: "gracias, muchas gracias"; o "muchas Gracias", con mayúscula, que aquí da lo mismo. Si aquel personaje de Heine cantaba: "Tirilí-tirilí", al oír hablar de un viaje a Italia, yo sé de muchos que, al hablar de un viaje a la Argentina, rompen a gritar: "¡gracias, gracias!".

–Vosotros, mexicanos –me decía Leopoldo Lugones, en París–, sois casi como los europeos: tenéis tradiciones, tenéis cuentas históricas que liquidar; podéis *jouer à l'autochtone* con vuestros indios, y os retardáis concertando vuestras diferencias de razas y de castas. Sois pueblos vueltos de espalda. Nosotros estamos de cara al porvenir: los Estados Unidos, Australia y la Argentina, los pueblos sin historia, somos los de mañana.

Ya sois los de hoy –le respondo yo ahora–. Vuestra innegable fuerza espiritual, argentinos, sólo es comparable con vuestra prosperidad material. No en vano atraéis los anhelos de todos los hombres libres. Con todo, pensando en mi México turbulento, y sin duda alguna embarazado de porvenir, yo me decía, oyendo a Lugones, que tener historia es tener merecimientos... Pero ¿cómo concertar la moral con el éxito de las naciones, donde reinan –a cuatro patas– los dioses brutales de la fuerza?

Pues bien: si a nuestro escritor ha podido seducirle la América que ríe y que juega, ¿podría seducirle igualmente la América que llora y combate? Ha admirado el músculo en reposo, la belleza estatuaria de la línea que se recrea en su quietud robusta. ¿Admiraría igualmente el músculo que se contrae bajo el agobio de un duelo nacional? ¡Ay, el grito de Eneas se trueca en mis labios: también en América hay lágrimas para las desgracias! A medida que se sube hacia el Norte, la América nuestra va dejando ver sus entrañas. Hay la América que disfruta, en pujante y gustoso regocijo vital, los beneficios de su juventud y su riqueza. Y hay la que resiste el empuje de ambiciones y poderes oscuros, manteniendo con estoicismo, y casi en completa soledad, la afirmación de su derecho a la vida.

Pero, por ahora, dejemos al filósofo entregado al halago de un espectáculo risueño. No le pidamos que se entristezca más. Porque, conscientemente o no, este segundo volumen de *El Espectador* está preñado de amargura. Y escribir a fuerza de dolor es el peor método de arte. El *Pelícano*, de Musset, es una gran equivocación simbólica. Aúlla la literatura española largamente, arrancándose los escritores sus propias entrañas...

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

No importa: asistimos a una crisis necesaria y benéfica. Mucho más que el contenido espiritual –tan abundante y jugoso– de este libro, nos importa ahora la conducta del héroe, la ética de este escritor ejemplar. Ahora lo vemos como a Laocoonte, antes de desdoblar los brazos donde se enrosca, en dúplice anillo, la serpiente. Pero crecerá, porque es español. Dará de sí, más o menos pronto, un estallido de alegría superior, como viento matinal que ahuyente los últimos fantasmas de la pesadilla largamente rumiada. No importa: hasta el Creador conoció el cansancio. Con agudo sentimiento de las debilidades cósmicas, el pueblo hebreo inventó el símbolo del Sábado. Esperemos, esperemos aún. No hay que exigir tanto de los otros, ni de sí propio. Un día perdonará y se perdonará, olvidará y se olvidará un poco. Y descubrirá otra vez sus sonrisas, que estaban, todas, esperándolo, plegadas temerosamente las alas.

*1917*

## Crisis tercera: Melancolías de Fausto

Educado en ideales severos, el joven maestro empezó la vida impidiendo que se le pegaran los dejos de la tertulia de redacción, que en sus primeros años de letras pudieron haberlo contaminado.

Más tarde, a la hora en que el hombre escoge las dos o tres direcciones fundamentales de su conducta, la influencia de una ciudad alemana, la vida estudiosa, la disciplina filosófica de Cohen, fueron modelando su alma.

Prendió en ella el ardor de renovar a España, y vuelto a su patria, se hizo director de la juventud, señaló remedios a la política y orientaciones al arte; inquietó las almas nuevas: fue el Inquietador, mucho más que el Espectador, como él gusta de llamarse ahora.

Un viaje a nuestra América deslumbrante, en esa oportuna sazón en que comienza a oírse la voz del Demonio del Mediodía, acabó de ensanchar generosamente las fronteras de esta alma que, abandonando la adustez casi ascética de otra hora (lector: yo también fui un niño sin sonrisas, y te descubro, con profunda emoción, este proceso hacia la alegría), se abrió a una comprensión más vasta y plena de la vida, donde caben ya hasta la frivolidad y los juegos.

Y así, del camino recorrido por este viajero –en tan pocos años– resulta una gran lección de vivir la vida oportuna, dando a nuestros anhelos lo que por derecho vital les corresponde.

Ortega y Gasset –como un Fausto todavía joven, pero ya con cierta trágica inquietud– cierra un instante el libro y alarga las manos hacia la imagen (¡ay, hacia la imagen voluble!) de la vida. Una gran sed, una noble sed, atraviesa su alma. La primavera y la flor, la mujer y la juventud, recobran su trono de ho-

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

nor en la conciencia; y aun la sensualidad de Don Juan resulta abolida y perdonada, porque era sincera y valerosa: porque no se daba por satisfecha con las mezquinas aventuras de todos los días.

Tal aquella nave que no se dejaba seducir por los puertos en que dormía las noches, por lo mismo que andaba en busca de otro puerto definitivo: el que no se encuentra en las costas de la tierra.

*1922*